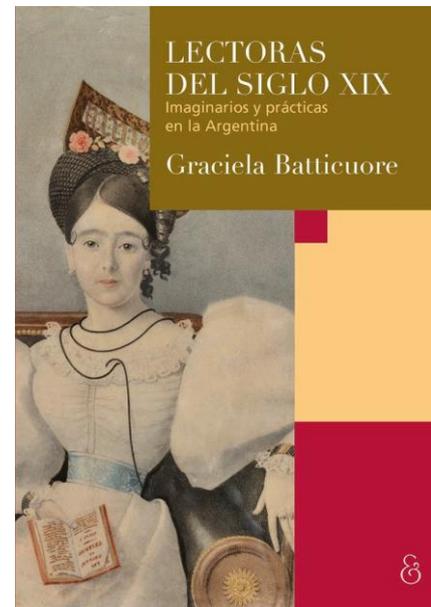




Vorano, Julieta. "Reseña bibliográfica: Graciela Batticuore, *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, noviembre de 2020, vol. 9, n° 20, pp. 267-270

Graciela Batticuore
Lectoras del siglo XIX
Imaginarios y prácticas en la Argentina
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ampersand
2017
173 pp.



Julieta Vorano¹

Recibido: 10/09/2020
Aceptado: 30/09/2020
Publicado: 09/11/2020

Tres imágenes, múltiples posibilidades

La experticia de Graciela Batticuore en literatura y cultura argentinas es evidente: es Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, docente de Literatura Argentina del siglo XIX en esta universidad, investigadora del CONICET con el proyecto "Lectores, autores y bibliotecas en la Argentina del siglo XIX" y autora de diversos tomos sobre esta temática, como *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* y *Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución*. En estos dos títulos podemos apreciar un interés especial por las figuras fe-

meninas en el contexto del siglo XIX, y el libro que reseñaremos en esta ocasión continúa con este enfoque.

Lectoras del siglo XIX se organiza alrededor de tres imágenes femeninas: la lectora de periódicos, la de cartas y la de novelas. Estas dan nombre a los tres capítulos del libro, y las veremos representadas a través de diversas fuentes: pictóricas, literarias, cinematográficas e históricas. A partir de estas figuras la autora reflexionará sobre diversas prácticas en las cuales las mujeres lectoras son protagonistas. De esta manera, analizará un período fundamental de Argentina, en el que la instrucción femenina comenzaba a ampliarse, lo cual, como Batticuore destacará, constituía una esperanza de civilización, pero también una inquietud para la sociedad burguesa.

¹ Estudiante de la Licenciatura y el Profesorado en Letras (UNMDP). Contacto: juvorano@gmail.com

El capítulo I, “La lectora de periódicos”, comienza con una propuesta:

Imaginemos que estamos ante un cuadro costumbrista de mediados del siglo XIX, que tiene por asunto principal el motivo de la lectura en voz alta, compartida, en un ambiente familiar donde predominan las mujeres (19).

Para evocar esta escena en la mente de los lectores, la autora utiliza una de sus primeras fuentes, un cuadro de Prilidiano Pueyrredón que aparece anexado al texto, como muchos otros que figurarán a lo largo del tomo para traer de manera vívida a nuestra contemporaneidad ciertos sucesos del siglo XIX.

A partir del análisis de esta pintura, Batticuore observa la dominancia masculina en las situaciones de lectura de periódicos. Afirma que esto se debe a la necesidad de control de la sensibilidad femenina, que podía verse amenazada por las temáticas políticas, por lo cual un mediador masculino se consideraba necesario. Esta situación evidencia ciertas características de la sociedad del momento, en la que aún existía una fuerte tutela sobre los contenidos a los que accedían las mujeres y sobre la manera en que lo hacían. La autora destaca que las primeras representaciones de mujeres leyendo el periódico surgen a partir de la circulación de semanarios, que las tienen como objeto o como destinatarias, muchas veces tratando la educación de la mujer en relación con el desarrollo intelectual de los países latinoamericanos.

Estos semanarios no se limitaban a analizar la cuestión de las mujeres lectoras, sino que con ellos comienzan a aparecer las escritoras. En una fuente verídica, el periódico *El Correo del Comercio*, figura un texto de una corresponsal femenina, anónima, quien propone un proyecto de alfabetización. El artículo constituye un pilar de la autoría femenina en Argentina, y su contenido se relaciona con la concientización sobre los derechos sociales y polí-

ticos de las mujeres, denunciando su relegación al ámbito doméstico y su exclusión de cuestiones públicas, hacia las que justamente la lectura y la escritura representaban un camino.

Batticuore menciona que es probable que la verdadera identidad de estas mujeres fuese masculina, ya que era una práctica corriente en la época que varones utilizaran pseudónimos femeninos. Sin embargo, esto ratifica el hecho de que el tema de la educación de las mujeres estaba en agenda. Además, sí existieron letradas con roles sociales muy importantes, y se analizará algunas de estas figuras históricas, como la de Mariquita Sánchez o Encarnación Ezcurra. Batticuore afirma que como mujeres lectoras buscaban amparo en su rol patriótico, para evitar las censuras que se ejercían sobre las intelectuales. En el contexto de una sociedad convulsionada por la guerra, también destaca el caso de Patrona Rosende de Sierra, la editora y redactora de *La Aljaba*, el primer periódico dirigido por una mujer y dedicado al público femenino. Sin embargo, este tipo de medios solían abogar por la participación indirecta de las mujeres en la política, para que actuaran desde el ámbito que se consideraba como natural, la casa, y desde allí cumplieran un rol pacificador y civilizador.

La autora también rastrea las imágenes de lectoras de periódicos que figuran en la literatura. A partir del caso de una novela paradigmática, *Amalia* de José Mármol, recuerda el personaje de Marcelina, una grotesca mujer que accede a los diarios, a partir de la cual se esboza una concepción negativa de este tipo de comportamientos. En el caso de *La gran aldea*, de Lucio V. López, la defensora de la educación mediante la lectura de periódicos, Medea, también es un personaje retratado en un tono burlesco, representado como una figura retrógrada, castigada en la narración por ejercer esta actividad. Pero hacia el fin del siglo XIX el panorama era sumamente diferente. La cantidad de periódicos era amplia, y la censura hacia las lectoras y escritoras, cada vez menor. Para

evidenciar esto, se destaca el caso de una publicación anarcofeminista, *La Voz de la Mujer*, que incitaba a sus lectoras a instruirse para evitar los modos de vida restrictivos impuestos por la moral burguesa.

El capítulo II, “La lectora de cartas”, inicia a partir del relato de una anécdota familiar de la autora, quien recuerda que su madre le contaba que en la Europa de principios del siglo XX se recomendaba evitar que las mujeres se alfabetizaran para que no se cartearan con sus enamorados. De esta manera, Batticuore pone en juego dos concepciones sociales sobre la escritura femenina: los temas con las que se la asociaba, y el miedo que causaba su ejercicio. Sin embargo, se hace énfasis en que este pánico social no evitó que el género epistolar fuera uno de los más cultivados por las mujeres.

Se proponen dos vertientes de la escritura epistolar: la amorosa, que expresaba la pasión, sentimiento fuertemente censurado en las mujeres; y la bélica, que trataba cuestiones políticas del contexto social. Para observar estas dos corrientes analiza fuentes históricas, como la correspondencia entre Guadalupe Cuenca y su esposo, Mariano Moreno, en la que se trataban intimidades de la vida romántica de la pareja y asuntos públicos. También estudia el caso de Tomás Guido y Pilar Spano, que incluye detalles bélicos junto con reclamos amorosos. Otro personaje célebre aparece a través de un cuadro: es Manuelita Rosas, pintada por Prilidiano Pueyrredón. Él la representa con una mano sobre una carta, posiblemente de interés político por el estilo del cuadro, en el que abunda el color rojo, evidenciando su rol en el federalismo. En este caso, la lectura o escritura de cartas plantea la inclusión de las mujeres en las cuestiones relevantes del ámbito público.

Destacamos dos ejemplos paradigmáticos de las fuentes literarias estudiadas por Batticuore. Por un lado, el de *Pablo o la vida en las pampas*, de Eduarda Mansilla, novela en la que la madre de un gaucho apresado injustamente consigue una carta

del gobernador para liberarlo, pero no logra su objetivo, lo cual evidencia las limitaciones de la cultura letrada, y pone en discusión la dicotomía de civilización y barbarie. Por otro lado, aparece el caso de *Pout-pourri. Silbidos de un vago*, de Eugenio Cambaceres, que trata sobre un adulterio develado mediante cartas, planteando la preocupación sobre cuestiones morales de la cultura argentina, y manifestando la importancia de las cartas como medio de expresión de estas cuestiones íntimas que a su vez eran relevantes para la sociedad.

La última imagen evocada es la del capítulo III, “La lectora de novelas”, que comienza reflexionando sobre otra fuente artística: el cine. El film elegido es *Amalia*, en su versión de 1936, y el análisis surge a partir de una escena en que la protagonista le lee una novela a su amado. Batticuore sostiene que se diferencia de la obra de 1855 ya que la mujer le lee al hombre, y se pregunta qué se modificó en la sociedad argentina para que esta representación apareciera en el cine. Como respuesta, propone la conformación de un público femenino que consumía diversas obras de cultura y que esperaba verse representado en ellas. Además, sostiene que la naturalización de la figura de la mujer lectora es una consecuencia de varios procesos iniciados en el siglo XIX: las campañas de alfabetización, la proliferación de bibliotecas populares y el creciente mercado periodístico destinado a mujeres.

La autora realiza un estudio del mercado literario del siglo XIX, especificando qué se vendía y a quiénes. La mayor parte de las obras eran novelas de autores franceses e ingleses, lo cual evidencia la inclinación por consumir productos culturales de origen europeo, con una marcada reducción de la venta de obras españolas, cuestión que demuestra las consecuencias del espíritu revolucionario e independentista de la época. Batticuore concluye que, a pesar de las críticas hacia la novela como género peligroso, las ventas indican que resultaba sumamente popular.

Además, analiza la configuración de las mujeres lectoras dentro de las novelas, y propone como personaje paradigmático a Emma Bovary. Afirma que es un tipo de figura que comienza a romper con el modelo de ángel del hogar que se había forjado durante el siglo XIX, y que funciona como inspiración para diversos personajes, y también influye en generaciones de mujeres. Coteja las fuentes literarias con las pictóricas, ya que toma un cuadro titulado *La lectora de novelas*, que evidencia la erotización femenina asociada con esta actividad, y la demonización de ella desde la moral burguesa.

Batticuore destaca que, con la profesionalización de las autoras, las voces femeninas adquieren una creciente autoridad en los debates literarios. En este contexto, las imágenes de las mujeres lectoras se diversifican y se expanden en nuevos ámbitos como el cine y la radio. Gracias a la emancipación intelectual de las mujeres, sus lecturas y escrituras pudieron desarrollarse con mayor libertad, por lo que es importante recordar a las mujeres del siglo XIX, que lograron, mediante diversas prácticas, ingresar en el mundo letrado, y a través de él, en el ámbito público.